

representativos, los que brillaron fuera, las mujeres nuestras, y los que sin estar en la lista irán apareciendo en ésta y otras obras que la complementen. De aquéllos encontramos sus pensamientos y decires, temores y atrevimientos, dedicaciones y abandonos, aspectos y manías, sus respuestas, en definitiva, al tiempo en que vivieron. También sus apodos, tarjetas de identidad tan significantes como los nombres de las calles, que por algo los tenían. El apodo define una casta familiar, un carácter transmisible, tiene la potestad de tronco genealógico, afiloxerado en estos tiempos por el abandono de la descendencia, sin que la omisión del remoquete remedie que el sarro salga por donde tenga que salir. Teniendo en cuenta que el pueblo se hace con la aportación de todos, si bien algunos destacan del resto, habría que evitar en el estudio de personajes la mitificación de unos y el olvido de otros. Por esta razón, los datos a conocer deberían servir para ir decantando lo temperamental, acumulativo y generalizable, lo que al fin pueda llevarnos a tipificar la psicología de nuestro paisanaje.

VALOR FORMATIVO.

De la diversidad de asuntos tratados pueden desprenderse múltiples enseñanzas: consejos médicos, educación y cultura, las relaciones entre padres e hijos, normas para la vejez, el valor de las cosas, reflexiones sobre la vida y la muerte, meditaciones, pensamientos; soliloquios de las madrugadas cuando, al parecer, el ámbito es generoso en vientos y corrientes con los que marinea por ese mundo, que para él no es cosa huida y lejana, como si a esas horas el espejo de las aguas se lo devolviera refulgente. Luego nos lo cuenta, porque D. Rafael, siendo buen médico, es buen maestro y quiere enseñarnos lo que aprende, con la machaconería de aquellos maestros que eran machacones por temor a que los chicos se les fueran de la Escuela sin aprender las cuatro reglas, y las de urbanidad para andar por la vida.

Y sobre todo, la enseñanza más aleccionadora acaso sea su trabajo constante, la voluntad persistente ante una obra que, como él dice, "es un caminar por terreno abrupto y liego, lleno de malezas, sin senderos ni lindes, propicio al extravío, al resbalón y aún a la caída fatal".

VALOR AFECTIVO.

Junto a los aspectos esbozados en este primer ojeo, hay algo muy especial, ajeno a la estimación científica, que se manifiesta de formas diversas, tantas como lectores, e incluso cambiante para uno mismo, según vengán los aires; es lo que por ponerle un nombre, podríamos llamar lo afectivo.

Se trata de algo íntimo, misterioso, comunicable apenas hasta cierto nivel, en el que las palabras se entrecruzan y sólo producen sonidos indescifrables. Es la reacción ante la obra, tan imprevista como la obra misma. Puede surgir de lo más inesperado: un dicho, una fotografía, un sucedido, un consejo, del conjunto en sí... de cualquier cosa, ¡quién sabe!. Son muecas repentinas que juegetean con la volatería del recuerdo o, lo más chocante, haciéndonos nostálgicos de lo no vivido, como una devolución del tiempo, revenido de manera inmedible y alborotadora. Es una cuestión de paladares que nos mantiene en itinerante titubeo entre el ayer y el hoy para, al final, dejar que sea el tiempo quien decida: hoy, siempre hoy, mirando hacia atrás sin miradas maledicentes que nos conviertan en estatuas de sal.